

AGUSTINA BESSA-LUÍS

VALLE ABRAHAM

Prefacio de António Lobo Antunes

Traducción de Guillermo Saavedra



Bessa-Luís, Agustina
Valle Abraham / Agustina Bessa-Luís ; prólogo de António
Lobo Antúnez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Edhasa, 2022.
356 p. ; 22,5 x 14 cm.

Traducción de: Guillermo Saavedra.
ISBN 978-987-628-683-1

1. Narrativa Portuguesa. 2. Novelas. I. Lobo Antúnez, António,
prolog. II. Saavedra, Guillermo, trad. III. Título.
CDD 869.3

Agradecemos especialmente la cesión bonificada de los derechos de publicación del prefacio de autoría de António Lobo Antunes

*Obra apoiada pela Direção-Geral do Livro, dos Arquivos e das Bibliotecas e pelo Camões,
Instituto da Cooperação e da Língua – Portugal*

Esta obra cuenta con el apoyo de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas y del Instituto Camões de Cooperación y Lenguaje de Portugal



**REPÚBLICA
PORTUGUESA**

CULTURA

**DIREÇÃO-GERAL DO LIVRO, DOS ARQUIVOS E
DAS BIBLIOTECAS**



Título original: *Vale Abraão*

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: junio de 2022

©António Lobo Antunes (texto inicialmente publicado en la revista *Visão*
el 1 de junio de 2017)

© The Estate of Agustina Bessa-Luís, 1991. By arrangement with Literarische Agentur Martin
Inh. Nicole Witt e.K., Frankfurt am Main, Germany.

© de la traducción del texto y del prólogo Guillermo Saavedra, 2022

© de la presente edición Edhasa, 2022

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-683-1

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Oportunidades S.A.

Impreso en Argentina

Prefacio

Agustina viene a caer de súbito, como una piedra inmensa y extraña, en pleno charco neorrealista. A partir de los años treinta, quienes escribían en portugués, casi todos ligados al Partido Comunista o más o menos simpatizantes de él, inauguraron una fase, muy influida por escritores franceses e italianos sobre todo, de novela que se quería social, iniciada tal vez por Alves Redol (por quien tengo mucho respeto) y Soeiro Pereira Gomes, a quienes se fue sumando una gran cantidad de nombres, como por ejemplo Fernando Namora, Manuel da Fonseca, Garibaldi de Andrade, Vergílio Ferreira, Mário Braga, Urbano Tavares Rodrigues, Carlos de Oliveira, Mário Dionísio, José Saramago, Antunes da Silva, Augusto Abelaira, etc., porque la lista es interminable, que escribían historias de obreros buenos y patronos malos, como resumía bromeando Fernando Assis Pacheco, que a mí, en general, no me interesaban nada, sino que se interesaban unos a otros y que yo, adolescente de trece o catorce años, leía con aplicación decepcionada (estaba también José Cardoso Pires, pero José Cardoso Pires, que llegaría a ser mi mejor amigo, era otro cantar) y paralelamente a esos, existía otra corriente, protofascista o, como mínimo, no contraria a la Dictadura, como por ejemplo Joaquim Paço d'Arcos, Francisco Costa, Manuel Frederico Pressler y nombres por el estilo que el tiempo también barrió y me interesaban aún

menos. Nada de aquello era lo que yo quería, ni de unos ni de otros, pero no existía mucho más, lo que dejaba al muchacho que fui en la aflicción de encontrar una voz diferente para la cual no tenía preparación ni experiencia, en la triste necesidad de construir, de raíz, otro mundo. El tiempo fue barriendo a estos autores aunque uno u otro libro perdure aún (el *Barranco de Cegos*, media docena de cuentos de Manuel da Fonseca, también buen amigo mío, poco más) y estimo que de ellos casi nada quedará. Pero en los años 40 y 50 eran extremadamente populares, apoyados en una crítica simpatizante del Partido Comunista, o al menos no hostil, que los incensaba con exuberancia. Y he aquí que de pronto surge en medio de esto el primer libro de una mujer llamada Agustina Bessa-Luís, que nada tenía que ver con ninguno de estos grupos. Alimentada por Camilo* (de quien no soy entusiasta), que a su vez abrevó en Filinto Elísio (lo conozco mal, pero el gran Bocage** lo apreciaba mucho), aparece con una prosa completamente diferente, completamente nueva, rica, casi barroca, enteramente innovadora, aguda, inteligente, irónica, riquísima, surgida de la nada (tomando algún bocadito de Camilo), de un talento desmedido. Claro que esto no se perdona. De los dos mejores críticos de la época, Óscar Lopes dudó y António José Saraiva la leyó con entusiasmo; y Agustina fue aumentando su obra, según reglas que no existían antes de ella. Sus personajes no eran muñecos vestidos de ideas que en lugar de pensar los sentimientos eran pensados por ellos, usaba nexos afectivos, no racionales, sus

* Se refiere a Camilo Castelo Branco (1825-1890), una de las máximas figuras de la literatura portuguesa de todos los tiempos, autor de referencia fundamental para Agustina Bessa-Luís, sobre quien la escritora publicó un polémico ensayo: *Camilo, génio e figura* (1994). (N. del T.)

** Manuel María Barbosa du Bocage (1765-1805): poeta portugués, considerado uno de los mayores exponentes de la segunda etapa de la llamada Arcadia lusitana. (N. del T.)

obras no obedecían a un ordenamiento lógico–discursivo, obedecían a un tumultuoso ordenamiento del caos, la inteligencia no era atributo del autor, era una característica de la escritura, en el sentido de que las palabras solucionaban la tesitura de acuerdo con una implacable lógica interna, no nos conducía a ninguna parte, nos zambullíamos en nosotros mismos dándonos a conocer nuestro caos interior, decodificándolo y mostrándonos su compleja simplicidad (parece una paradoja pero no lo es), y construyó una obra única de catalogación del mundo, un aprendizaje de las luces y las sombras del cual salimos como quien despierta de un sueño, devorados por la prosa, reducidos a las cenizas de un fuego que nos devuelve enteros a nosotros mismos. Se aprende con ella cómo las sombras son claras y cómo todo es excepcional. Los libros de Agustina son un alimento difícil porque la transgresión sistemática de nuestros conceptos racionales es metódicamente eficaz, sustituyéndolos por una especie de desnudez primordial. Y se sale de las novelas como de una pesadilla implacable, irónica, tierna, dulce, oscura y evidente. Es decir, estuvimos leyendo a una escritora del tamaño de George Eliot o Jane Austen. Y podemos dar gracias a Dios de que su idioma sea el nuestro.

Y ahora apenas media docena de palabras acerca de la Mujer. Gustábamos mucho uno del otro, yo adoraba su humor, la ironía de su lucidez, su divertida sabiduría, sus juicios implacables. En una ocasión me dijo:

—Me llevo tan bien con mi marido que deberían llamarnos Casal Garcia.* Pero tú eres lindo, pequeño, yo debería haberme casado contigo o con Camilo.**

* Casal Garcia: famosa marca de vinos portugueses, en cuya etiqueta aparece una pareja (*casal* en portugués) de pájaros en evidente estado de armonía, cuidando los huevos en el nido común. (N. del T.)

**Véase nota 1. (N. del T.)

Claro que estaba bromeando: ella adoraba ser la mitad del Casal Garcia, y la armonía de esas dos mitades siempre me conmovía, como me conmovió una carta en la cual, comentando un libro mío, escribió: “Si yo usase sombrero alto, y debería usarlo, me lo sacaría en un gesto ampuloso”. Y como sabía lo que valía no atacaba a nadie. Una gran Señora. Una gran Escritora. Agustina, sabes, no sé cuál de las dos me gusta más. Si pudiera elegir me quedaría con ambas. Y tus libros están vivos: ¿qué más puedes desear? Déjame volver a besar, como siempre hacía al encontrarte, tu mano.

António Lobo Antunes

Valle Abraham

Capítulo I

El ruiaseñor

La margen izquierda de los ríos no gusta tanto, sea porque el sol la busca en horas más solitarias, sea porque la puebla gente más melancólica y descendiente de prófugos y descontentos del mundo y de sus leyes. La región demarcada del Duero, que ocupa casi en su totalidad la margen derecha, prueba por lo menos que el reflejo solar tiene efecto en el negocio de los hombres y les determina la morada.

Sin embargo, hay en la curva que apacenta el río por el rellano arenoso al salir de Régua, un valle ribereño de producción aún privilegiada de vinos finos y que se extiende, rumbo a la ciudad de Lamego, comarca a la que pertenece, hasta las aguas medicinales de Cambres. Es Valle Abraham, con sus fincas y lugares de sombra que parecen acentuar la memoria de un tráfico morisco que de Granada traía las mercaderías del Oriente y, tal vez, los gustos de huertos de cítricos y los vergeles de puro remanso. Almançor tuvo residencia en Lamego y escribió ahí la historia de la campaña con sus aliados, los condes mozárabes. Tal vez por eso, porque corre un hilo de tinta desde la frontera del Duero hasta las aguas del Tedo y del Távora, los poetas y los letrados obstinados producen sus obras en aquel territorio

que, antes del tratado de la India, conoció verdadero esplendor agrícola y textil.

En el siglo XIII, el río Paiva servía de límite sur a la tenencia de Lamego y allá vivía, cerca de S. Pedro de Castro-Daire, un médico ingenioso y curador de flemones malignos llamado Abraham de Paiva. Sorprendido en una situación difícil con una señora de Moimenta, que abortó en condiciones desastrosas, tuvo la precaución de descender la ribera del Balsemão e ir a dar a un lugar recatado, como convenía a su oscurecida suerte. Valle Abraham pasó a tener nombre en el mapa, aunque cerrado a la curiosidad de los topógrafos. Con el Liberalismo, Lamego no cesó en su inclinación absolutista, hasta que el movimiento septembrista acabó con sus pretensiones en el dominio político y eclesiástico; quedó reducida a una ciudad estancada, donde los parques y los monumentos condescienden en recordar el pasado episcopal.

Lo que sucedió con el médico Abraham de Paiva no se puede conjeturar, excepto que enriqueció y murió de fiebres, dejando un saquito de piezas de oro y un laboratorio; no con ratones y chanchitos de la India sino con la famosa profusión de vinos de Ribera del Duero. El estudio de la Medicina se hizo tradición de familia, y en 1910, fecha de la República, vamos a encontrar a un doctor Paiva casado con María Coelho, de Portelo de Cambres, que era señora de bienes y tenía en los roquedales de Santos de Deus unos caserones en ruinas con escudo de armas. Las mujeres de los Paiva estaban, por atributo de sangre y linaje, muy convencidas de su genio en los negocios y de su voluntad de poder y afirmación. Desde tiempos remotos que cargaban con el mote de *Paivonas*.

María Coelho tuvo un nieto, pachorriento y dado a letras menores, a quien ella quiso convertir en viñatero y productor de vinos a escala industrial. No tuvo mucho éxito con el plan

y Carlos Paiva estudió Medicina en Oporto. Era un muchacho hipócrita, muy bonito, de gran estatura. Se casó con una viuda y quedó anclado en Valle Abraham, llevando adelante una clínica modestísima y comiendo queso crema y rosquitas dulces. Era goloso en la mesa; en la cama, no sabía, pues su mujer tenía los pies fríos y el corazón envuelto en franelas. Los Paiva gustaban de las mujeres maduras, de piel blanca y propensión matriarcal. Hubo un Araújo de Paiva que se había casado en París con una judía rusa que fue informante de Bismarck. La biografía de él no iba más allá de eso, pero Carlos lo llamaba, con respeto, “mi tío banquero”.

En lo que Carlos de Paiva se distinguió fue en ser monitor de mujeres un poco solitarias de maridos ociosos a los que ellas apartaban de sus brazos con el pretexto de achaques que iban hasta la histerectomía pura y simple. Él les hablaba de libros y las dejaba creer que eran poetisas de unos versos rengos en los que él efectuaba una ortopedia de rimas obvias. Un día Carlos Paiva fue a Lamego, a la altura de las fiestas de Nuestra Señora de los Remedios, y dio con un hombre de buenos modos, con una hija de quince años, comiendo una porción de anguilas en un restaurante de la plaza. Reparó en la muchacha, que estaba vestida de luto y tenía trenzas. De los retorcidos cabellos se escapaban unos anillos lustrosos y en la nuca se enrulaban más anillos, que parecían azules en la luz fulgurante de la tarde. Era tan hermosa que Carlos acabó por turbarse, ofreciéndole un plato de higos que le traían a la mesa.

—Son gota de miel y frescos, recogidos a la mañana, de la higuera.

Él lo rechazó con tanto brío que el padre intercedió por Carlos. Quiso remediar los malos modos de su hija y se tornó buen conversador.

Cuando Carlos se presentó como médico y agricultor, el alma del viejo se iluminó; le habló de sus enfermedades como quien cuenta el viaje de la *Nau Catrineta*.^{*} Sobre la mujer habló poco. Era remota su viudez, pero había sentido la falta de su bonita esposa, que era de Loureiro.

—Tengo un tío en Penajóia, en Estremadouro —dijo Carlos.

El calor lo hacía jadear; había un leve viento y sus cabellos volaban en las sienas. Ema reparó en que él tenía algunas canas.

De Estremadouro salieron con un parentesco que los aproximó más. El viejo le dio su dirección, en el Romesal; era en la margen derecha del Duero, una finca mediana, con jardín sobre la carretera. Paulino Cardeano invitó a Carlos y dijo que si se enfermaba lo llamaría.

—Triste destino el de los doctores, que solo son bienvenidos para purgas y sangrías —dijo Carlos, riéndose. A Ema le pareció tonto; ya nadie se purgaba para aliviar los humores y, mucho menos, se perforaba las venas. Pero después percibió que él hablaba con arte y gracia varonil. No lo vio más, ni pensó en él nunca. Tenía la imaginación de los quince años, que no atiende al presente más que para juzgarlo inoportuno y contrario a las ilusiones que son más preciosas que las promesas de la vida real.

Carlos Paiva volvió a casa, su mujer estaba lavándose los pies, pues tenía un impétigo en los dedos y se aplicaba unos polvos amarillos y un poco perfumados. Era sombría, reñía en voz alta, se vestía mal. De repente, Carlos se dio cuenta de todo eso y se tornó manso y amable con ella. Le dio la razón en todo,

^{*} *Nau Catrineta* (Navío Catrineta) es el nombre de un conocido romance anónimo de la poesía portuguesa oral en el que se narran los diversos contratiempos de los tripulantes del navío en cuestión durante una larga travesía por mar, en tiempos de la expansión imperialista de los portugueses. (N. del T.)

ella desconfió, se puso a espiarlo. “Se vio con alguien”, pensó con una lucidez de condenado a muerte. Pero Carlos no le dio ocasión a más reparos. El tiempo pasó y no sucedió nada más. ¡Quién sabe cuándo el corazón se enfría o gana carbón para mantener el calor! Carlos Paiva se vio un día saliendo de su autito sucio y que olía a alcohol alcanforado, preguntando por el Romesal a dos muchachos que bajaban por la carretera.

—Después de la curva, pero ve con cuidado.

Se rieron con fuerza y fueron camino abajo haciéndose zancadillas uno al otro. Carlos pensó que serían simpatizantes de fútbol, había un campo al lado, con redes deshechas. Se avistaba la noble vastedad de las montañas, el cáliz del río al fondo, el bosque sombrío y pesados oscureciendo la carretera. Era un lugar de delicias pero con algo de tenebroso, brotando de un pasado de soledad inveterada. El siglo XVIII lo había poblado de viñedos, estaban aún el solar y el caserón de finca, con la capilla y la escalera de la galería con columnata. Pero lo más eran pequeñas casas de tejados a la cal, como nieves apareciendo sobre el verde roce de los naranjales. El propietario de módicos rendimientos, a veces salido del sector militar, el comerciante de telas o el clérigo con hijos y perros de caza; o el consignatario de compañías inglesas, era lo que más había. Siempre endeudado, siempre con hipotecas por vencerse, siempre luchando contra el aumento de los salarios y de los fertilizantes, siempre abatido por el precio de los vinos, el labrador del Duero era un coloso de persistencia, de afinación con el destino, de sequedad empresarial. Aún tenía una vislumbre poética para plantar un ciprés en el rincón del jardín, señalándole el espacio como una bala negra y moldeada al sabor de los siglos. Esperaba pacientemente un año bueno para casar a sus hijas y rehacer el tejado. Era dado a extravagancias, compraba un poni para los niños y una

pelliza para él mismo. Gastaba, cuando tenía; cuando no tenía, era arrogante y frecuentaba a las mujeres con una sensualidad catastrófica. Carlos sintió en el aire el olor del incendio, ardían en las viñas las vides de la poda que antes servían de combustible en los hogares. Ahora era caro transportarlas y ardían mal, cargadas de agua. Un humo blanco y enrulado se agachaba como una oferta aceptada a disgusto por Jehová.

No supo qué decir cuando Paulino Cardeano lo mandó subir. Estaba envuelto en una vieja zamarra y no había calefacción en la sala.

—¡Qué sorpresa! ¡Pero qué sorpresa! Y yo que he andado raro... Tengo unos mareos y un hormigueo en las manos...

Carlos se ofreció a atenderlo. Pero lo que lo traía, dijo, era la búsqueda de un vino fino para regalar; algo garantizado, de bodega particular.

—No tengo, pero se puede arreglar. Pero es caro, doctor. Es bebida de reyes; e incluso los reyes beben vinagre y creen estar bien servidos. Soy un conocedor y puedo jurar...

Ema entró en la sala. Estaba más alta, la delgada cintura se balanceaba dentro del gran *pullover* de pescador. Y los cabellos negros caían sobre la gruesa lana como un río de tinta derramada. Ella no dio muestras de reconocerlo.

—Es el doctor Carlos. ¿Te acuerdas, en Lamego?

—No me acuerdo —cortó Ema, con aquella dignidad infantil que crea distancias y se previene contra los extraños. Pero se acordaba; lo había encontrado bonito, con dientes seguros y blancos, dientes de empleado de comercio. Ella pensaba que los empleados de comercio tenían que sonreír mucho y debían tener dientes así. Beto das Escadas, que le vendía las *róbias* de verano, tenía dientes así. Ema reconocía a las buenas familias por los dientes acaballados y la deformación congénita, el color de

viejo marfil, los dientes aserrados, el crecimiento de los caninos, la atrofia de la muela de juicio; cuando se comenzaron a arreglar los dientes con un patrón regular ya no fue posible descubrir el origen, los vicios, las castas, las cruza, las dietas y hasta los nombres de dinastías enteras. Ella se preguntó a sí misma quién era aquel muchacho demasiado corpulento para su edad, con un bigote grueso y que la miraba atónito.

—¿En Lamego? —Ema sonrió tan deprisa y tan deprisa se quedó seria y un poco desdeñosa, que Carlos Paiva se sintió expulsado. Se levantó y se despidió.

—Es visita de médico, realmente. Ema, trae una copa y unos bizcochos.

—No hay ningún bizcocho.

—No se moleste —dijo Carlos, herido.

Cardeano lo acompañó. Lo hizo salir por el portón principal, que no se abría casi nunca. Un balcón vidriado ocupaba todo el frente sobre los escalones de piedra, obra más reciente y con muestras de obedecer a una mejora financiera. Un perro pardo, de patas cortas, vino a ladrar con una ferocidad pronta a tornarse en pánico.

—¡Cállate, Jordão! ¿Eres tonto o qué? —dijo Cardeano, disculpándose. Pero Carlos se sintió aún más herido, juró no volver más. Se arrojó dentro del auto con una amargura absurda; tenía lágrimas en los ojos. No miró hacia atrás. Si lo hubiese hecho, habría visto a Ema recostada en la reja del jardín, por encima de la carretera; se arreglaba el cabello con la mano, y aquello podía parecer un saludo. “¿Quién se cree ella?”, pensó. Lo asaltó una tristeza tan honda que perdió el apetito, y su mujer, una vez más, percibió que estaba hechizado, en guerra con el mundo y con él mismo.



El viejo Cardeano se fue para adentro pensativo. Allí había un yerno que le convenía. Era tiempo de colocar a su hija, iba a cumplir diecisiete años, la tía no la podría controlar si a la pequeña se le diese por vagabundear. Y, por otro lado, una virgen vieja, como su hermana Augusta, no le ponía reparos a sus placeres; mientras que con Ema era diferente: la quería criada en el buen ejemplo y confiada en los hombres, que es siempre garantía de paz doméstica.

Ema creció en condiciones precarias para el sentimiento y favorables a los secretos de la vida, que en todo se identifican con el deseo y sus imperativos. La soledad despierta temprano al corazón humano y distancia a las personas de la unidad en que las cosas suceden. A los quince años, Ema ya había amado y el amor era para ella algo tan pasivo y distante como una idea que ya no sorprende porque es una idea intangible. Había amado por causa de una mirada que mal aflora y todo pone en cuestión; la libertad y la voluntad de expiación. Era una muchacha dócil, en la opinión de preceptoras y criadas, pero estaba especialmente distraída de todo lo que no fuese una fuga, un plan de fuga, siempre postergado y siempre a punto de realizarse. El padre la encontraba un poco intimidante. Percibía que la estructura de la familia despertaba en ella un movimiento de repulsa y no la obligaba a los deberes domésticos ni muy concretamente a nada. Creció en esa peligrosa eventualidad que es la libertad excesiva. Le faltó la madre, para que pudiese redirigir su animadversión hacia un enemigo; la madre es el primer rostro de lo antagónico en el que se posa el imperativo del amor. Solo tenía de ella recuerdos en los que no depositaba confianza; eran traídos por objetos que nunca había visto usados por su madre. Una mantilla, un rosario,

una cadena de oro cobran significado conforme a la historia que los califica. Dejan de ser objetos para ser parte de un todo indisoluble, el espíritu de una grey que puede no tener mayor dimensión que un cuadro de familia.

Ema había quedado huérfana a los seis años y le parecía mucho más tiempo. Su madre siempre había estado enferma, recluida, casi invisible en su cuarto. La única cosa que recordaba era un aroma dulzón, de leche, escurriéndosele por los oídos. Había tenido una vez dolor de oídos y le echaron leche materna para aliviarle el sufrimiento. Se acordaba de ese lento gotear y del seno blando en el que se recostaba. El resto era un secreto y alucinado parentesco con el vientre de donde había venido, un cuarto donde resonaban ecos, palabras; donde todo se movía y poseía una elasticidad confortable. Tal vez las paredes del útero, rayadas de pliegues que cedían a su peso, a su nutrición, al crecimiento de sus manos y sus pies. Del resto, no se acordaba: del rostro de su madre, de su voz. Cuando estaba en la iglesia y los coros elevaban sus cánticos, intentaba distinguir en ellos la voz diurna de su madre. No lo conseguía. Se perdía, como si persiguiera un rastro siempre interrumpido. El sudor borboteaba en las aletas de su nariz, pensaban que ella tenía calor o que se sentía mal. El padre le prohibió asistir a ceremonias muy largas, misas de fiesta y sermones. Vivía mucho en casa y adquirió un gusto expansivo y un poco salvaje por el reino doméstico, donde ella dominaba, en el coro de las criadas que la adulaban y le rendían toda clase de consentimientos. Por lo demás, no faltaba entre ellas una proximidad erótica, hecha de secretos, de castigos, de confidencias, de enemistades compartidas, de afectos idos y celos desesperados. La casa de una sola ama, y un ama joven y muy hermosa, es un avispero de amores y sus contrarios, que son todavía amores. Cuando Ema enfermó gravemente, tenía cinco